

TOFFLER, Alvin. *Future shock*. Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Alvin Toffler, periodista brillante, asesor de empresas como la IBM y profesor universitario publicó en el año de 1973 su libro *Future shock* que fue traducido al español y publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Parece que en nuestro medio el libro causó un fuerte impacto pues al querer adquirirlo supe que se había agotado y hube de esperar a que me prestaran un ejemplar para leerlo.

Debo aclarar en primer lugar que el autor se refiere a las que llama naciones tecnológicas y en especial al medio social de los EUA, Inglaterra, Francia, Japón, Alemania Occidental, etcétera, si bien muchos de los síntomas que en estos países surgieron, los vemos ya también en México y se suman a nuestras otras preocupaciones.

El autor dice que el libro trata de lo que le pasa a la gente abrumada por el cambio y de su adaptación a éste; ese cambio que en corriente estrepitosa arranca tradiciones, trastorna valores y derriba instituciones.

Señala que a menos que los hombres aprendan a dominar el ritmo del cambio, la sociedad se verá condenada a un fracaso masivo de adaptación y añade que le espanta ver lo poco que saben acerca de la adaptabilidad al cambio los que lo exigen, los que lo provocan y los que lo propician.

Alvin Toffler llama "*Shock* del futuro" a la súbita desorientación producida por lo que llama la llegada veloz y precipitada del futuro, a la cual considera la enfermedad más grave del mañana y afirma que será un punto crucial en la historia de la humanidad.

Cita al respecto la declaración del eminente economista Kenneth Boulding quien escribió:

"El mundo de hoy es tan distinto de aquel en que nací, como lo era éste del de Julio César. Han ocurrido casi tantas cosas nuevas desde que nací, como habían ocurrido antes en todas las épocas pretéritas."

Detrás de los tremendos cambios económicos que ocurren se oculta el rugiente y poderoso motor del cambio: la tecnología.

6 000 años antes de Cristo la caravana de camellos tenía el récord de velocidad de 12 kms por hora; 3 400 años después se inventó el carro y se llegó a 30 kms por hora; fue hasta 1880 cuando una locomotora de vapor superó los 100 kms; pero sólo 60 años después, en 1940, los aviones volaron a 600 kms y en los años 60 los aviones cohete casi llegaron a los 6 000 kms y las cápsulas espaciales se desplazaron a más de 35 000 kms por hora.

Esta aceleración también está presente si se examina la cantidad de minerales extraídos de las minas o las fuerzas nucleares explosivas desencadenadas, el caso es idéntico en numerosas series estadísticas; pasan siglos y milenios y el cambio

es pequeño y de pronto se rompe una barrera y en unos cuantos años un tremendo cambio súbito se produce.

La razón de esto es que la tecnología se alimenta a sí misma y está en el círculo vicioso de que más tecnología, acarrea inevitablemente una tecnología más intensa y compleja que a su vez trae más tecnología.

El almacenamiento de conocimientos por el hombre fue creciendo imperceptiblemente por miles de años, de pronto se aceleró con la escritura y más tarde también, cuando se inventó la imprenta, de tal manera que Europa producía un millar de libros diferentes en un año y se necesitaba un siglo para integrar una biblioteca de 100,000 volúmenes, en cambio en 1950 Europa produjo ya 120,000 libros distintos en un año y en los años 60 el mundo entero produjo ya 1000 libros diferentes cada día.

En el año de 1950 la computadora electrónica entró en escena y con su extraordinario poder de análisis y suministro de información en cantidades increíbles y a velocidades inverosímiles se ha convertido en una tremenda fuerza para acelerar la adquisición de conocimientos. ¿Llegará el libro a convertirse en instrumento anacrónico que será sólo una pieza de museo?

Este impulso acelerador ha alcanzado un nivel que las instituciones normales de nuestra sociedad —dice el autor refiriéndose a la norteamericana— no podrán resistir y además, el curso natural de los acontecimientos es tal que el ritmo del cambio continuará acelerándose hasta límites no alcanzables de adaptabilidad humana e institucional.

Actualmente, la tecnología progresiva trata de reducir el costo de producción mucho más rápidamente que el costo de reparación, porque en aquél se automatiza en tanto que en éste persiste, en ser manual; de modo que resulta más económico sustituir que reparar.

David Lewis, arquitecto y urbanista menciona ciertas casas de apartamentos en Miami que son derribadas a los 10 años de su construcción.

Señala que los sistemas de aire acondicionado que van perfeccionándose muy rápidamente no armonizan con la rentabilidad de esas casas viejas y por tanto resulta más barato derribarlas que hacer su reparación.

El economista Robert Theobal citado por Alvin Toffler afirma que la evolución técnica es tan veloz en los campos farmacéutico y electrónico que productos que solían continuar vendiéndose en el mercado durante 25 años, fueron desplazados por otros mejores que sólo duraron 5 y algunos han sido desplazados ya por los más nuevos que sólo permanecen en el mercado unos pocos meses antes de ser sustituidos a su vez por otros que ya son mejores.

Dice Alvin Toffler que si sigue aumentando la presión alimenticia (no veo la posibilidad de que disminuya si no se contiene el crecimiento demográfico) en el año 2 000 los biólogos criarán microorganismos para alimentar a los animales y, en definitiva, al hombre.

Más adelante nuestro autor se baja de las nubes y reconoce que hoy en día a pesar del tremendo desarrollo de la química y de la tecnología química, no existe un sólo alimento producido industrialmente, que pueda competir con los que nos brindan los campesinos, en este campo y en otros muchos la naturaleza es muy superior al hombre, comprendidos los ingenieros químicos y los investigadores más avanzados.

Pasando al campo social Alvin Toffler afirma que el alud de novedades que

están a punto de caer sobre los norteamericanos se extenderá a todos los rincones del medio social.

En medio de la aguda desorientación provocada al respecto, cita a un autor que afirma que la familia como célula social se acerca a su completa extinción y en seguida cita a otro cuya opinión es que la propia turbulencia del mañana hará que el individuo se una más estrechamente a su familia; para agregar un poco más adelante que probablemente se equivoquen los dos ya que el futuro se encuentra abierto a las variantes más inesperadas.

Al referirse a la uniformización y monotonía de la cultura material norteamericana derivada de la producción en serie, Alvin Toffler se deja llevar por un gran optimismo y participa de la opinión de Marshall Mc Luhan en el sentido de que "... cuando la producción electrónica automática alcance su máximo potencial, será casi tan barato producir un millón de objetos diferentes como un millón de artículos iguales". (Opinión que desde luego parece bastante discutible).

Todo este automatismo industrial conducirá al ocio de numerosos grupos y ahora como nunca respecto a Norteamérica, puede recordarse el viejo refrán de que "la ociosidad es la madre de todos los vicios"

Nuestro autor afirma que al oscilar la sociedad, de su orientación al trabajo, hacia un mayor interés por el ocio; habrá grupos que intenten obstaculizar los programas gubernamentales, corromper los colegios electorales políticos e incluso cometer complicados robos y asesinatos colectivos.

Parece que existe una gran incertidumbre en Norteamérica, incertidumbre provocada por estos y otros muchos cambios.

¿No será ya el momento de preguntarnos ante este panorama, si debemos aspirar a convertir a nuestro país en una de esas grandes sociedades tecnológicas?

¿Apunta nuestro autor alguna posible solución o al menos cierto paliativo?

En efecto, señala algunos caminos que deben intentarse y a los que habré de referirme, al respecto concluye que si los hombres se enfrentan con tantas situaciones nuevas que su programación resulta imposible, entonces la vida se vuelve dolorosamente desorganizada y llena de angustia, encaminándose a la psicosis colectiva como ocurre ya en la sociedad de los EUA, y en la de otros países industrializados.

Desde luego señala que una forma de abordar la solución de estos problemas es la de aumentar la capacidad de adaptación del hombre, lo que según él será el problema central de la educación en el futuro de las sociedades industriales.

Como ahora, por una parte, los conocimientos, en volumen creciente, se vuelven anticuados con mayor rapidez conforme el tiempo avanza y por la otra, la vida humana se prolonga, resulta cada vez menos probable que las enseñanzas adquiridas en la juventud conserven toda su vigencia al llegar la madurez; por consiguiente, la educación que Toffler llama superindustrial, tendrá que prolongarse sobre bases cambiantes y durante toda la vida, de tal manera que la adquisición de los conocimientos y su aplicación productiva resultan casi simultáneos. Los jóvenes deberán dedicar parte de su tiempo al esfuerzo escolar y parte a trabajos productivos para la sociedad.

Naturalmente que las innovaciones mencionadas implicarán enormes cambios en las técnicas docentes que habrán de reducir la importancia del método de conferencia que aún domina en las aulas.

Una nueva organización con grupos de estudiantes que forman equipos colectivos de trabajo para hacer proyectos e investigaciones; además, los jóvenes deben

prepararse para reestructurar su formación intelectual, para aprender y luego tener que desechar para volver a aprender, para saber renunciar a las viejas ideas y sustituirlas con las nuevas, para dar un intenso dinamismo a su aprendizaje que continuará durante todo el período útil de su vida.

En la batalla para evitar el *Shock* una estrategia importante consistiría en la regulación consciente del avance tecnológico. Debiendo afirmarse inicialmente, que volver la espalda a la tecnología sería no sólo torpe sino inmoral.

Cuando se hacen evidentes los temibles efectos de una tecnología irresponsablemente aplicada, las reacciones políticas aumentan, pero —dice Toffler— no vamos a caer en la forma patológica de un antifuturismo en el que los científicos vayan a sustituir a los judíos en los campos de concentración; pero sí debemos enfrentarnos a la horrible realidad consistente en una opresora falta de control, porque en lo concerniente a buena parte de la tecnología, lo cierto es que nadie la gobierna.

Dice que hemos aprendido a crear y combinar las tecnologías más poderosas, pero que no nos hemos preocupado por estudiar sus consecuencias.

Al respecto es necesario que superemos el temor a ejercer un control social sistemático sobre la tecnología, que naturalmente no implicará limitar la libertad de investigación. Lo que se discute no es el descubrimiento sino la difusión; no la invención, sino su aplicación. Claro que esto sí implicaría la creación de instrumentos mixtos, es decir, con participación oficial y privada para revisar los adelantos tecnológicos antes de que sean lanzados al público y darles sólo curso a aquellos que no entrañen, a la corta o a la larga, un peligro para la comunidad.

Ahora bien, este es el instante supremo, la encrucijada de la historia en que el hombre tiene que determinar el ritmo y dominar el proceso del cambio o perecer.

El cambio es la vida misma —dice Toffler— pero el cambio desenfrenado, el cambio sin guía ni orientación, el cambio acelerado que destruye las defensas físicas del hombre y paraliza los mecanismos psicológicos que lo llevarían a una decisión, este cambio es el peor enemigo de “la vida”.

En lugar de decir “la vida”, Toffler debiera decir “La sociedad norteamericana” que es lo que más le preocupa, sin embargo, nosotros como mexicanos y sujetos por la geografía física a ser vecinos de ellos como hermanos siameses y a lo largo de 2 000 kms de frontera, debemos inquietarnos por los peligros tremendos que ahora los acechan y alegrarnos de los posibles remedios que puedan encontrar.

Vale la pena ensayar nuestro papel de futurólogos preguntándonos:

¿Cuál sería el destino de México si la sociedad norteamericana empeorara por su descomposición social y empezara a desintegrarse?

Creo que para profesores y alumnos de la Facultad de Derecho, la lectura de este libro resultará sumamente interesante.

HUGO RANGEL COUTO